

Álvarez Barrientos, Joaquín, *Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)*, Madrid, Abada Editores, 2017, 296 págs., ISBN: 978-84-16160-85-3.

Es esta una obra de datos camuflados. Porque está escrita con ligereza, con prosa cuidada, como corresponde a un ensayo y, sin embargo, contiene informaciones precisas, descripciones detalladas y una cierta complicidad con una ciudad bastante acostumbrada a lidiar con su relativa mala fama. En las palabras preliminares que, como es habitual, son una declaración de intenciones, el autor hace explícita la tesis que se desarrolla a lo largo de sus páginas, la de una ciudad, conflictiva, incómoda, de paisajes hermosos, pero no bella, que se va transformando a lo largo del siglo XVIII hasta dignificarse como capital y que lo hace, para desazón de sus críticos, desde la cultura. De modo que, aunque se hable de política, de proyectos intervencionistas, del Palacio Nuevo, de planos y censos, son las diversiones, la moda, las costumbres, los naturales y los foráneos, que comparten paseos, teatros y tertulias, los que en definitiva sancionan si las novedades se imponen y la vida “civil” estaba a la altura de las expectativas de sus moradores.

No es este, desde luego, un libro de compromiso, ni una incursión oportunista en un tema ajeno al autor. Porque en la abundante producción escrita de Joaquín Álvarez Barrientos, el interés por Madrid no es reciente, ya que con anterioridad ha prestado atención a cuestiones muy variadas, desde la legislación sobre coches, el ambiente teatral madrileño, de las tertulias, en salones o en cafés, al relato en primera persona de la realidad capitalina en fechas difíciles, como lo fue aquella primavera-verano de 1808. También por lo que de aportación tienen lo que me parecen son tres piezas mayores en esta trayectoria, el estudio sobre “La civilización como modelo de vida en el Madrid del siglo XVIII”, publicado en 2001, el titulado “Monarquía y nación española en el sistema de Adornos del Palacio Real de Madrid” de 2006 y el dedicado a la maqueta de Madrid de León Gil de Palacio, publicado este mismo año. A mayor abundancia, son unas y otras referencias incompletas ya que el espejismo de la ciudad capitalina está muy presente en otras obras del autor, como es el caso de esos arribistas que circulan por la corte y por su obra en *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII* (Castalia, 2006) o de los trabajos que, como editor reúne, en *Se hicieron literatos para ser políticos* (Biblioteca Nueva, 2004). Que este doctor en Filología Hispánica por la Universidad Complutense de Madrid, investigador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en el Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del Centro de Ciencias Humanas y Sociales, es un historiador vocacional de la cultura está claro, sin traicionar por ello su formación originaria, que le ha llevado a editar obras de reconocidos madrileños, sino todos de nacimiento, sí de afición y dedicación, cuya vida transcurrió inseparablemente unida al paisaje urbano y humano que aquí se describe, como es el caso José Cañizares, Martín Sarmiento, el corregidor Armona, Leandro de Moratín, José Marchena, Mariano José de Larra, Mesonero Romanos, Patricio de la Escosura o Emilio Cotarelo y Mori.

La Villa y la Corte, la cultura y las letras, el siglo XVIII como marco histórico y periodo de transformación, son los parámetros que encuadran siete sugerentes capítulos que nos llevan por el transcurrir de una ciudad, que se enorgullece de ser corte y cabeza de un imperio, pero que protesta de las servidumbres que ello comporta. Y que quizás por ello conservaba el tañido de las campanas, que llamaban a misa o a fuego, sin que siempre se les hiciera caso, así ocurrió, por ejemplo, en el famoso incendio del Alcázar en 1734, y que ordenaba el transcurrir del tiempo de sus habitantes, siempre atareados, aunque solo fuera, como ironizaba Pedro Estala, oculto bajo el seudónimo de Claudio Bachiller Rosillo, “en cruzar calles, atravesar plazas y atisbar balcones”. Es curioso, este helenista, traductor, crítico literario, editor de *El Imparcial*, escolapio secularizado y afrancesado exiliado, resume en su biografía los logros y las frustraciones de tantos “medianos” que llegaban a la corte: el estado eclesiástico y la función docente, la actividad intelectual y social que hizo de su celda una tertulia tan abierta como plural, la frustración al no lograr obtener una cátedra en el centro más prestigioso del momento, los Reales Estudios de San Isidro, pero una cierta seguridad de futuro desde su puesto bibliotecario segundo de esa institución. Hombre también de claro compromiso político, aunque este fuera doblemente equivocado, primero con Godoy y luego con José I. Es decir, los madrileños de la época no fueron solo manolas y majos, petimetres y petimetras, aristócratas caprichosas y nobles celosos de sus privilegios, sino hombres y mujeres vivos y curiosos, cincelados por su propio esfuerzo, abiertos a las novedades y sujetos a la veleidad de aquel tiempo.

Es verdad que en una ciudad que despegaba, las oportunidades no faltaban. Pero los propósitos de sus habitantes no siempre se cumplían. Ni la ciudad, sacudida por reformas continuas, sin que hubiera un verdadero “plan” urbano hasta 1860, el de Carlos M. Castro, tan criticado, como poco respetado cuando finalmente se puso en marcha. Lo cual obliga a reconocer el empeño y la relativa eficacia de los Borbones y, especialmente, de Carlos III, cuyas acciones se dirigieron no solo a embellecerla, sino a mejorar sus infraestructuras. Acciones legales, en forma de disposiciones y ordenanzas, como las de Ardemans de 1719, acompañadas de intervenciones más efectivas como las de Sabatini que no solo limpió y embelleció la corte, sino que debió convencer a los madrileños de que, con el alcantarillado, sus casas no se iban a hundir. Mejor que estas obras “ocultas” llevaron el empedrado de las calles, porque disminuía el polvo que causaba el continuo trasiego de carruajes, o el alumbrado. Así que, con la acción de unos y la resignación de otros, Madrid cambió de “forma drástica”, dice Álvarez Barrientos, entre 1734 y 1833, se “civilizó”, lo cual significa que disminuyeron las inmundicias y, con ellas, los olores y se empezó a reconocer algo de mérito a los denostados italianos Esquilache y Sabatini, los impertinentes golillas que obligaban a cumplir las disposiciones, la Comisión de Limpieza de Madrid, que se creó para ponerlas en marcha o la Junta de Policía, que velaba por las buenas costumbres, morales e higiénicas.

Es verdad que el progreso civilizatorio no fue continuo, ni completo y que, ya en los años treinta de la siguiente centuria, se apreciaron las insuficiencias de muchas reformas y sus limitaciones técnicas. Pero como señala el autor, citando a Antonio Ponz, en 1774 la limpieza relativa y el empedrado terminaron acostumbrado a los madrileños a preferir calles rectas que callejones torcidos, a rechazar adornos innecesarios y a protestar por los malos olores que, no hacía tanto, se consideraban inevitables.

La cara de la ciudad era, en realidad, el reflejo de su espíritu, igualmente necesitado de contención, orden y seriedad y sujeto, también, a controversias. Son muchas páginas las que se dedican en esta obra a la nueva sociabilidad. A las conversaciones, a los gritos y a los gestos, al movimiento continuo en los paseos, los desplazamientos reglados de las visitas, las modas y los cambios de costumbres que, si primero se critican, terminan convirtiéndose en un signo de distinción. ¿Fue moda o frivolidad ese afán reiterado de las elites ilustradas en general, y de las españolas en particular, por educar, o lo que es lo mismo, por intervenir sobre la realidad social para sustituir sus referentes por otros? No faltaron en la capital de la monarquía proyectos educativos concretos, dirigidos a la formación intelectual o profesional, que lograron plasmarse institucionalmente. Desde las escuelas patrióticas para niñas a la puesta en marcha en 1806 del Real Instituto Militar Pestalozziano de Madrid, que suponen, con sus limitaciones, una ruptura con los modelos educativos tradicionales. Lo mismo que el Colegio de Sordomudos, fundado el 9 de enero 1805 por iniciativa de la Sociedad Económica Matritense, otro importante precedente. Pero la educación ilustrada no era solo instrucción, aunque de su mano llegaron las primeras leyes generales, sino una forma de intervención en los conceptos y en los valores colectivos, a través de aquellos instrumentos que conformaban la mentalidad de la época, ya fueran los romances, el teatro y, lo más difícil, la depuración de las fiestas populares, incluidas las religiosas. Algo se consiguió, según cuenta Mesonero Romanos, aunque quizás fuera la mezcla de clases y situaciones, de indumentaria y acentos, el ser “pueblo grande donde no se conoce con quien se habla”, lo que terminó imponiendo una cultura mixta, erudita y popular.

Con otro estilo narrativo, el autor dedica una capítulo a tratar de las instituciones, de la cultura y la ciencia civil y militar de la época. Una cultura dirigida, patrocinada y controlada de la que Madrid fue el centro. Entendida cada vez menos como adorno y más como elemento de identidad y poder. De ello daban prueba las Academias, el Jardín Botánico o el Gabinete de Historia Natural, así como la puesta en marcha de una serie de proyectos dirigidos a la elaboración de una historia nacional y la salvaguarda de un patrimonio histórico, bibliográfico, documental y de antigüedades que, sobre la base de lo que había sido la Biblioteca Real, se tituló desde su creación como Real Biblioteca Pública. Se frustró, sin embargo, lo que debería haber sido la Academia de Ciencias, cuyo hermoso edificio albergó desde 1818 la riqueza pictórica del pasado, con igual vocación de abrirse al público, lo mismo que en los años siguientes otros centros que también albergaban colecciones. Un cambio que, como dice Álvarez Barrientos, no significa un rechazo a las ciencias, porque estas siguieron desarrollándose en otras instituciones, sino una clara conciencia del valor artístico y representativo de su contenido.

No solo academias y salones constituían un marco necesario para la sociabilidad del momento. También lo eran los paseos, especialmente el del Prado, que una vez diseñado, hubo que regular, desde luego su tráfico, pero también su uso, prohibiendo los bailes, los altares y las procesiones, multando la música y los cánticos en horas intempestivas. Probablemente menos interclasista que lo que percibieron los viajeros, terminó convirtiéndose en escenario de actos políticos. Y, desde luego, el teatro, en el que el entretenimiento no limitaba, sino que favorecía su papel como difusor de ideología. Son muchas las páginas que se dedican en esta obra a analizar y describir los muchos lugares y numerosos espectáculos que animaban la vida madrileña: títeres, máquinas, sombras y, desde luego, los siempre discutidos toros que sobre-

vivieron a las prohibiciones. Un capítulo, el dedicado al ocio y el entretenimiento, en el que información y contención, lo convierten en un verdadero fresco de época.

El siglo XVIII consolidó Madrid no solo como centro administrativo y de gobierno, sino cultural. Y el proceso continuó en los tiempos poco propicios de la guerra y durante la restauración. ¿No es una paradoja que el Panteón de hombres ilustres lo planteara por primera vez José Bonaparte? ¿Que Mesonero Romanos fuera el lógico continuador de esa ciudad ilustrada que pensaron Sarmiento, Ponz o Cadalso? ¿Que una urbe con personalidad propia y bien diferenciada fuera dotada por sus exégetas de una identidad más amplia, nacional? La explicación de estas y otras paradojas la encontrará el lector en las páginas dedicadas a Gil de Palacio y su bella maqueta, que marca dos épocas.

A través de un abanico de cuestiones, Álvarez Barrientos nos presenta la evolución de una villa que se resiste a ser engullida por la corte, a una ciudad espejo de las transformaciones y tensiones de un país del que se siente capital. Cuyos cambios, aun aceptándolos, producen nostalgia en quienes, como Mesonero Romanos, la han ido retratando durante un largo periodo, pero también son saludados con optimismo por otros, como Fernández de los Ríos que, sin desmerecer lo que fue, ven en su transformación, una oportunidad.

María Victoria López-Cordón Cortezo
Universidad Complutense de Madrid
mvlopez@ghis.ucm.es